

Marat la había consumido, y pasando por el Panteón, había ido á servir de pasto á las ratas de la cloaca.

Aquel andrajo de alcoba, cuyos pliegues hubiera dibujado alegremente Watteau en otro tiempo, había terminado por ser digno de la mirada del Dante.

La visita total del pudridero subterráneo de París, duró siete años, desde 1805 á 1812.

De paso Bruneseau designaba, dirigía y llevaba á cabo trabajos considerables; en 1808 bajaba el enlosado del Ponceau, y creando en todas partes nuevas líneas adelantaba la alcantarilla en 1809, por debajo de la calle de San Dionisio hasta la fuente de los Inocentes; en 1810, por debajo de la calle de Froidmanteau y de la Salpêtrière; en 1811 por debajo de las calles Neuve des Petits Peres, Mail, Echarpe, de la plaza Real; y en 1812, por debajo de la calle de la Paz y Chaussée d'Antin. Al mismo tiempo hacía desinfectar y sanear toda la red.

Desde el segundo año, uniése á Bruneseau su yerno Nargaud.

Así fué como á principios de este siglo la sociedad vieja limpió su fondo interior, engalanando su albañal. Siempre fué ello un limpión.

Tortuoso, agrietado, desempedrado, cuarteado, lleno de baches, atravesado por recodos extraños, subiendo y bajando sin lógica, fétido, salvaje, feroz, sumido en la obscuridad, con cicatrices en sus baldosas y cuchilladas en sus muros, espantoso; tal era, visto retrospectivamente, el antiguo alcantarillado de París.

Ramificaciones en todos sentidos, cruzamiento de zanjas, empalmes, patas de ganso, estrellas, como en las zapas, recodos, callejones sin salida, bóvedas salitradas, sumideros infectos, rezumos dardosos en los techos, tinieblas; nada igualaba al horror de aquella antigua cripta exutoria, aparato digestivo de Babilonia, antro, foso, abismo trepado de calles, topera titánica donde el espíritu cree ver vagar, á través de la sombra, entre inmundicias que fueron esplendores, el enorme topo ciego de lo pasado.

Esto, lo repetimos, era el alcantarillado de otros tiempos.

V

Progreso actual.

Hoy día el alcantarillado es regular, limpio, frío, directo y suficiente. Realiza casi el ideal de lo que se entiende en Inglaterra por la palabra "respectable." No se aparta de las reglas, tiene el color pardusco, está tirado á cordel, é ibamos á decir que. . . de veinticinco alfileres.

Parécese á un proveedor convertido en consejero de Estado.

Se ve casi claro. El fango se porta decentemente.

A primera vista se le podría confundir con uno de aquellos corredores subterráneos tan comunes en lo antiguo y tan útiles para la fuga de monarcas y príncipes, en aquellos buenos tiempos "en que el pueblo amaba á sus reyes."

El albañal actual es un hermoso albañal; reina en él el estilo puro, el clásico

co-alejandrino rectilíneo que, expulsado de la poesía, parece haberse refugiado en la arquitectura; se diría que quiere mezclarse en todas las piedras de esa larga bóveda tenebrosa y blanquiza; cada desagüe es una arcada; la construcción de la calle de Rívoli forma escuela hasta para una cloaca.

Por lo demás, en ninguna parte está más en su lugar la línea geométrica que en la vía estercolaria de una gran ciudad. Allí todo debe subordinarse al camino más corto.

La alcantarilla ha tomado hoy cierto aspecto oficial. La misma policía en sus informes, cuando tiene que hablar de ella, no le falta al respeto. Las palabras que la caracterizan en el lenguaje administrativo son dignas y elevadas. Lo que antes se llamaba tripa, es llamada hoy galería; lo que antes lleaba el nombre de agujero, hoy lleva el de atabate. Si llegaba el caso, no conocería el mismo Villón su antigua morada.

Esa red de curvas sigue teniendo por supuesto su inmemorial población de roedores, más bullidora que nunca; de vez en cuando una rata vieja asoma la cabeza por la ventana de la alcantarilla, y examina á los parisicenses; pero aún esa polilla se domestica, encontrándose satisfecha de su palacio subterráneo. No le queda nada á la cloaca de su primitiva ferocidad. La lluvia, que ensuciaba el albañal del pasado, lava el del presente.

Sin embargo, no hay que fiar en él demasiado. Los miasmas le habitan todavía. Es más bien hipócrita que irreprochable.

Por más que se empeñe la prefectura de policía y la junta de Sanidad, á pesar de todos los procedimientos empleados, exhala siempre cierto olorillo vago y sospechoso como Tartuffe después de la confesión.

Convengamos, no obstante, en que, como la limpieza es un homenaje que el albañal tributa á la civilización, y como, bajo este punto de vista, la conciencia de Tartuffe es un progreso sobre el establo de Augias, ello es cierto que el alcantarillado de París ha mejorado.

Es más que progreso; es una transmutación.

Entre la antigua cloaca y el alcantarillado actual, media una revolución; ¿Quién hizo esa revolución?

El hombre á quien tiene olvidado todo el mundo, y que hemos nombrado ya. Bruneseau.

VI

Progreso futuro.

La abertura de la alcantarilla de París no ha sido una obra insignificante. Los últimos diez siglos han estado trabajando sin terminarla, como tampoco han podido acabar á París. La cloaca sigue como por repercusión el desarrollo de París. Es, en la tierra, una especie de pólipo tenebroso de mil arterias, que

crece debajo, al par que crece encima la gran ciudad. Siempre que la ciudad abre una nueva vía, el albañal alarga el brazo.

La vieja monarquía no había construído sino veintitres mil trescientos metros de alcantarilla; á ese término había llegado París el 10. de Enero de 1806.

Partiendo de esa época, de la que volveremos á ocuparnos luego, la obra ha sido conveniente y enérgicamente formada y continuada. Napoleón construyó (los guarismos son siempre curiosos) cuatro mil ochocientos cuatro metros; Luis XVIII, cinco mil setecientos nueve; Carlos X, diez mil ochocientos treinta y seis; Luis Felipe, ochenta y nueve mil veinte; la República de 1848, veintitres mil trescientos ochenta y uno; el régimen actual, sesenta mil quinientos; total, hasta la fecha, doscientos veintiseis mil seiscientos diez metros; sesenta leguas de alcantarillado. Entrañas enormes de París; ramificación obscura y siempre activa; construcción ignorada é inmensa.

Como se ve, pues, el laberinto subterráneo de París, es hoy más que decuple de lo que era al empezar el siglo. No es fácil figurarse la perseverancia y los esfuerzos que han sido necesarios para conducir esa cloaca al punto de perfección relativa en que hoy se encuentra.

Con gran dificultad había el antiguo prebostazgo monárquico, y en los diez últimos años del siglo XVIII el corregimiento revolucionario, conseguido abrir las cinco únicas, aunque no insignificantes, leguas de albañal que existían antes de 1806. Toda clase de obstáculos embarazaban esa operación; los unos propios de la naturaleza del terreno, los otros inherentes á las preocupaciones mismas de la laboriosa población de París.

Encuétrase París edificado sobre un terreno extraordinariamente rebelde á la piqueta, á la sonda, á toda operación humana. Nada más difícil que perforar y penetrar esa formación geológica á la cual se superpone la maravillosa formación histórica llamada París. En cuanto la mano de obra, bajo una forma cualquiera, se empeña y aventura con esa capa de aluviones, parece que crecen las resistencias subterráneas.

Son todo ello arcillas líquidas, materiales vivos, rocas duras, légameos blandos y profundos que la ciencia especial llama mostazas. El pico adelanta difícilmente en las capas calcáreas, que alternan con hilos de greda muy sutiles y sedimentos esquistosos á manera de hojas incrustadas de conchas de ostras contemporáneas de los océanos pradimitas.

A veces un arroyo hace reventar de improviso la bóveda principiada, é inunda á los trabajadores, ó alguna irrupción de marga se abre paso lanzándose con a furia de una catarata, y rompe como frágil vidrio las más fuertes vigas de sostenimiento.

Recientemente en la Vilette, cuando fué preciso, sin interrumpir la corriente ni variar el cauce, hacer pasar la cloaca colectora por debajo del canal de San Martín, se abrió una grieta en el fondo del canal, cayendo de repente el agua en la excavación subterránea, sin que bastasen las bombas á detener la inundación.

Hubo que apelar á un buzo, el cual con no poco trabajo logró tapar al fin la grieta que estaba en la embocadura del gran estanque.

Por otro lado, junto al Sena, y también bastante lejos del río, como por

ejemplo en Belleville, en la Gran Vía, como en el pasaje Luniere, existen arenas sin fondo, donde un hombre puede hundirse y desaparecer á ojos vistas.

Agréguese á todo esto la asfixia por los miasmas y el quedar enterrado por hundimientos y desprendimientos repentinos. Agréguese igualmente el tifus, de que los trabajadores se impregnan lentamente.

En nuestros días, después de haber abierto la galería de Clichy, con banqueta para recibir una cañería-matriz de agua Ourcq, trabajo ejecutado en zanja, á diez metros de profundidad; después de haber, á pesar de los derrumbamientos, y con ayuda de las excavaciones frecuentemente pútridas, y de los acodamientos, abovedado el arroyo de la Bievre desde el boulevard del Hospital hasta el Sena; después de haber, con el fin de librar á París de las aguas torrenciales de Montmartre, y dar salida á ese lago fluvial de nueve hectáreas que se corrompia junto á la puerta de los Mártires; después de haber, decimos, construído la línea de alcantarillado desde la puerta blanca al camino de Aubervilliers, en cuatro meses, trabajando día y noche, á la profundidad de once metros; después de haber cosa no vista hasta entonces, hecho subterráneamente un albañal en la calle de Barre du Bec, sin zanja á seis metros debajo del suelo, murió el constructor Monnot.

Después de haber abovedado tres mil metros de alcantarilla en todos los puntos de la ciudad, desde la calle Traversiere Saint Antoine á la calle de la Oursine; después de haber, por medio del empalme de la Arbalette, evitado las inundaciones pluviales en la enrucijada Censier Mouffetard; después de haber construído la alcantarilla de San Jorge sobre quisa y hormigón en arenas movilizadas; después de haber dirigido el temible descenso de empalme del ramal de Notre Dame de Nazareth, el ingeniero Duleau murió también.

Y sin embargo, no existen boletines para esos actos de valor mucho más útiles que la brutal carnicería de los campos de batalla.

Las alcantarillas de París, en 1832, distaban mucho de ser lo que son hoy día. Bruneseau había dado el impulso; pero se necesitaba el cólera para determinar la vasta construcción que después se ha llevado á efecto.

Sorprende oír decir, por ejemplo, que, en 1821, parte de la cloaca de circunvalación llamada el Gran Canal, como en Venecia, se corrompia aún al aire libre, en la calle de Gourdes.

En 1823, fué cuando la ciudad de París encontró en sus bolsillos los doscientos sesenta y seis mil ochenta francos y seis céntimos necesarios para cubrir semejante inmundicia. Los tres pozos absorbentes del Combat, de la Cunette y de Saint Mandé, con sus desagües, aparatos, desatranques y ramales depuratorios, no datan de antes de 1836.

La vitalidad intestinal de París ha sido hecha de nuevo, y como ya lo hemos dicho, se ha decuplado muchísimo en un cuarto de siglo.

Hace treinta años, durante la época de la insurrección del 5 y 6 de Junio, existía aún, en muchos parajes, el alcantarillado antiguo. Gran número de calles abovedadas hoy día, eran entonces zanjas abiertas.

Veíase frecuentemente en el punto donde iban á parar las vertientes de una calle ó de una enrucijada, grandes rejas cuadradas y provistas de gruesos barro-

tes, cuyo hierro lucía bruñido por los pasos de la multitud, peligrosas y resbaladizas para las caballerías de los carruajes.

El lenguaje oficial de puentes y caminos daba á esas pendientes y á esas rejas el nombre expresivo de quebraderos.

En 1832, en una infinidad de calles, como las de la Estrella, San Luis, el Temple, Vieja del Temple, Nuestra Señora del Nazareth, Folie Mericourt, muelle de las Flores, calle del Petit Muse, Normandía, Pont aux Biches, Marais, San Martín, Nuestra Señora de las Victorias, Faubourg-Monmartre, Grange Bateliere, en los Campos Eliseos, calle Jacob y Tournon, la antigua cloaca gótica mostraba aún solamente sus golas.

No eran estas sino enormes aberturas de piedra, rodeadas á veces de guarda ruedas descaradamente monumentales.

París, en 1806, no tenía casi mayor número de alcantarillas que el comprobado en Mayo de 1663; cinco mil trescientas veintiocho toesas. Después de Bruneseau, el 10. de Enero de 1832, tenía cuarenta mil trescientos metros.

De 1806 á 1831 se habían construido anualmente por término medio setecientos cincuenta metros.

En los años posteriores ha correspondido á cada año de ocho á diez mil metros de galería, todo de manpostería, revestido de cal hidráulica sobre base de hormigón. A doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarilla de París actual representa cuarenta y ocho millones.

Además del progreso económico que al principio hemos indicado, asóciase graves problemas de higiene pública á esta inmensa cuestión: el alcantarillado de París.

París está entre dos capas: una de agua y otra de aire. La capa de agua, extendida á una profundidad bastante grande, pero que ha sido ya sondada por dos perforos, proviene de las vetas de asperón verde, situadas entre la creta y el calcáreo jurásico.

Todas esas vetas pueden representarse por un disco cuyo radio mida veinticinco leguas; en él se rezuman multitud de ríos y arroyuelos; de manera que en un vaso de agua del pozo de Grenelle se bebe el Sena, el Marne, el Yonna, el Oise, el Aisne, el Cher, el Vienne y el Loira.

En un tiempo dado, con la ayuda del progreso, perfeccionándose después los mecanismos y difundiendo la claridad científica, se empleará la capa de agua en purificar la capa de aire; es decir, en lavar las alcantarillas.

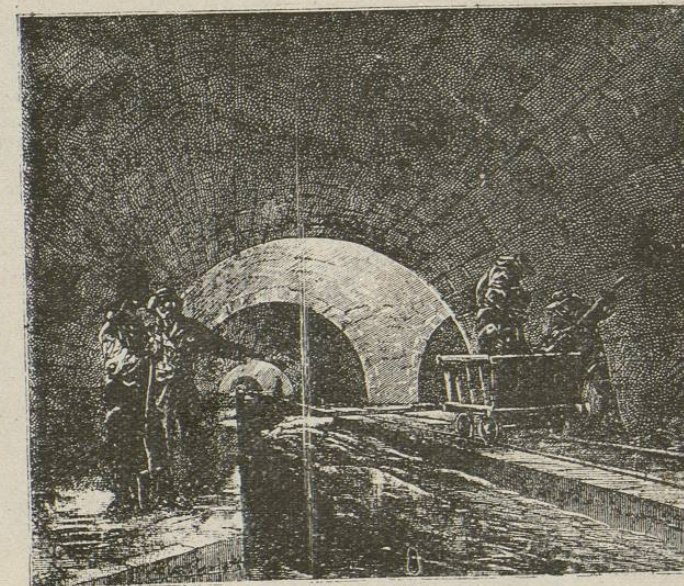
Sabido es lo que entendemos por lavar las alcantarillas, esto es, restituir el fango á la tierra, el estiércol al suelo y el abono á los campos. Resultará de este solo hecho puesto en práctica, para toda la comunidad social, disminución de miseria y aumento de salud.

Hoy por hoy, la irradiación de las enfermedades de París se extiende á cincuenta leguas en derredor del Louvre, tomado este edificio como centro de ese círculo pestilencial.

Pudiera decirse que, desde hace diez siglos, es la cloaca la enfermedad de París. El albañal es el vicio que la ciudad tiene en la sangre. El instinto popular no se ha engañado nunca. El oficio de pocero era en otro tiempo casi tan peli-

groso y repugnante al pueblo, como el de matarife carnicero, por tanto tiempo reputado horrible y cedido al verdugo.

Necesitábase pagarlo muy bien para que un albañil se decidiese á bajar á aquellas minas fétidas; el pocero vacilaba siempre al colocar su escalera; y era proverbial el dicho: "bajar á la alcantarilla es bajar á la fosa." Distintas leyendas de todas clases, como hemos dicho, llenaban de espanto aquel tragadero colosal; temible sentina que á la huella de las revoluciones del globo, como de las revoluciones del hombre, une los vestigios de todos los cataclismos, desde las conchas del diluvio hasta el harapo de Marat.



LOS HERRAJES
El trabajo de los herreros en el interior de una herrería. En primer plano, un herrero está trabajando en un yunque, golpeando el hierro con un martillo. En el fondo, se puede ver a otros trabajadores y el interior de la herrería, con sus altos techos y chimeneas.

